

PURHUAY, 15 DE AGOSTO DE 1881: LA PRIMERA GRAN VICTORIA DE LA BREÑA

Por: Luis Guzmán Palomino.

Los primeros éxitos militares en la guerra de resistencia nacional correspondieron a las fuerzas irregulares. Fue en San Jerónimo, cerca de Santa Eulalia, donde la guerrilla del coronel José Agustín Bedoya enarboló el pendón bicolor ante las fuerzas invasoras anunciando lo que sería La Breña. Ocurrió ello en abril de 1881, antes de que Cáceres marchara a la Sierra. En mayo la heroicidad y sacrificio correspondieron a los comuneros de las alturas de cerro de Pasco y Junín, quienes hicieron retroceder al enemigo; pero éstos volverían con mayor capacidad bélica, aplastando la resistencia a sangre y fuego. Las guerrillas fueron también las que pusieron en dispersión a las tropas enviadas por el gobierno de La Magdalena. Y en los primeros días de agosto, guerrillas formaron la vanguardia patriota, trabando varios encuentros con las avanzadas chilenas, por ejemplo en el puente Verrugas, alzándose con la victoria.

Pero fue en el puente Purhuay, saliendo de Chosica a Matucana, donde por primera vez una unidad regular del naciente ejército de La Breña halló oportunidad de medir su capacidad con efectivos del ejército chileno, triunfando en toda la línea, el 15 de agosto de 1881. El lauro fue para el batallón *Zepita* formado sólo cinco días antes sobre la base del batallón *Junín*. Es que Cáceres quiso tener en La Breña una unidad que recordara aquella que condujo bizarramente en la batalla de Tarapacá.

En Puente Purhuay el *Zepita* fue comandado por el teniente coronel Villegas, quien más tarde se inmolaría gloriosamente en la batalla de Huamanga, y apoyó a esa unidad un contingente guerrillero, a las órdenes del

coronel Manuel Tafur, otro jefe destinado a la mansión de los inmortales, pues habría de ofrendar su vida en la batalla de Huamachuco.

Cáceres recibió noticia de ese triunfo en Matucana, cuartel general de su ejército, a donde llegaron por esos días nuevos e importantes refuerzos, como el batallón *Lima*, que desde Arequipa trajo el coronel Remigio Morales Bermúdez, su leal camarada.

Perdida la estratégica posición de Purhuay los chilenos temieron una ofensiva peruana, abandonando Chosica con dirección a la capital. El *Zepita* avanzó entonces a Huachipa y Santa Ana, consecutivamente, ocupando los guerrilleros otras localidades adyacentes.

A todas luces el desarrollo de la guerra tendía a variar sustancialmente, más aún considerando la lucha guerrillera desatada en el Sur Chico y la que se aprestaba a iniciar en el frente sur el heroico coronel cubano Juan Luis Pacheco de céspedes.

Desgraciadamente, nada de eso interesaba a quienes desde sus congresos en Chorrillos y Huamanga sólo buscaban cómo sostenerse en el poder. Piérola había prometido dimitir y ciertamente lo hizo, pero sólo después de asegurarse que sus secuaces no le aceptarían la renuncia, ungiéndolo más bien como presidente constitucional de la república. Francisco García Calderón también se aferraría a su presidencia provisoria, contraria totalmente a los ideales de La Breña.

Cáceres aceptaría disciplinadamente el hecho consumado y aun daría varias oportunidades a Piérola para que se plegase a la causa patriota. Pero los jefes y oficiales de La Breña iban a asumir una actitud radical, proyectando el derrocamiento del nefasto dictador.

Los reveses sufridos por sus tropas ante el avance del ejército de La Breña alarmaron sobremanera al alto mando chileno. Fue por ello que su comandante en jefe, Patricio Lynch, ordenó la reconcentración en la capital, situando avanzadas no más allá de la hacienda Quiroz, lo que permitió a la vanguardia patriota llegar hasta Vitarte.

El optimismo creció enormemente en el cuartel general de Cáceres. Aunque siempre carente de armas y municiones, era constante el incremento de su ejército, al cual dio una nueva organización. Así motivado Cáceres escribió a Piérola proponiéndole que movilizarse a Montero desde el Norte, que él avanzaría por el centro, en tanto que el frente sur sería accionado por Gregorio Albarracín y Pacheco de Céspedes. Proyectaba un cerco sobre Lima, para obligar la retirada del enemigo, cuyos círculos gobernantes levantaron la voz de alarma en Santiago de Chile.

Por desgracia, Piérola no pensaba para nada en esa posibilidad, como tampoco los dirigentes bolivianos, con cuyo apoyo había contando el jefe patriota. Los Congresos feudales de ambos países se consumían en bizantinas discusiones y el de Ayacucho sumó a ello la innoble misión de socavar a todo trance la autoridad de Cáceres. Va a emerger entonces un Cáceres radical, que protesta ante el juicio que abre el congreso al coronel Ferreyros, digno jefe patriota. Deplora la poca fortuna que tienen los nombramientos que hace y declara sin tapujos: *“Decididamente, yo no soy nada parlamentario”*, agregar luego de manera contundente: *“los Congresos son inconvenientes en todo tiempo”*.

Lo peor de todo es que los acusadores de Ferreyros, a quien culparían de ser comunista, eran nada menos que los más corruptos funcionarios públicos: el ex subprefecto de Jauja Manuel Miranda, al que Cáceres señalaría como *“pícaro de alto rango”*, amén de ladrón consuetudinario de los recursos públicos, no obstante su condición de rico hacendado, el que tuvo como su portavoz en el Congreso a un personaje de mala reputación, para mayores señales borracho empedernido, según denuncia de Cáceres.

Remitido el citado Miranda en calidad de prisionero a la presencia de Piérola, no sólo fue inmediatamente liberado, sino que se le encargó misiones de absoluta confianza. Poco después empezaría a actuar como uno de los principales secuaces de Miguel Iglesias.

Otro funcionario denunciado fue el subprefecto Villavicencio, de Chancay, a quien puso en prisión el esforzado coronel Bedoya, artífice de La Breña. Pocos días después, en setiembre de aquel 1881, Bedoya fue hallado muerto, al parecer envenenado.

Tal fue el decurso de la guerra: entre el heroísmo y la infamia.